

1975:

EL CAMBIO DE RÉGIMEN

# Canarias, punto de partida de Franco

Amado Moreno

El 16 de noviembre de 1975 Franco se moría lentamente en la primera planta de la clínica de La Paz, pero muchos de los seguidores y defensores de su régimen se resistían a creerlo o pretendían que todo continuara igual. El general fue sometido aún a una tercera intervención quirúrgica pese a su estado agónico y en unas condiciones tan inhumanas que hasta su hija Carmen gritó: "¡Basta ya!", al observar el empecinamiento de su marido, el marqués de Villaverde, Cristóbal Martínez Bordiu, miembro del equipo médico que asistía al enfermo, obstinado en prolongar artificialmente la vida de éste. La defunción no se produciría hasta cuatro días después. "Mi hermano tuvo que

Vega Guerra,  
Ramírez  
Bethencourt,  
Naranjo  
Hermosilla,  
Padrón  
Quevedo y  
Vicente  
Doreste  
destacaron a  
la sombra del  
Régimen

estar al pie del cañón hasta el último minuto de su vida. Había logrado ponerlo todo en orden y ahora, en cuatro días, los demócratas lo ponen otra vez todo patas arriba. Seguramente su deseo hubiera sido abandonar la Jefatura del Estado mucho antes y poder descansar y pescar tranquilo, que bien que se lo había ganado... Pero no pudo, no se fiaba...", relata en sus *Memorias* la espontánea Pilar

Franco, que gustaba de venir de vacaciones a Las Palmas de Gran Canaria y alojarse en el antiguo hotel Cristina, al borde de Las Canteras, cuando tenía a su hijo Francisco Jaraiz Franco de vicealmirante en la Zona Marítima de Canarias, con sede en la capital grancanaria.

Las vicisitudes del paciente se seguían en Canarias con la misma expectación que en el resto del país. Pero la inquietud ciudadana en las Islas era quizá mayor. Entre otras razones, por la proximidad del conflicto del Sahara, cuyo territorio abandonaría después a toda prisa el Ejército español, tras la astuta jugada de Hassan II con el montaje de la Marcha Verde, aprovechando el vacío de poder en Madrid. La iniciativa marroquí nunca se hubiera puesto en práctica de no haber contado con las bendiciones de Washington (Nixon-Kissinger), temeroso de que un Sahara independiente con el Polisario, como empezaba a perfilarse, quedara en la órbita marxista teledirigida por Moscú a través de sus aliados: primero Libia y después Argelia. Con Franco en plenas facultades, el Sahara jamás se habría entregado a Marruecos, opinaron y opinan diversos analistas, recordando de paso cómo el dictador accedió a la independencia de Guinea Ecuatorial.

El acuerdo tripartito, negociado en noviembre con Marruecos y Mauritania para la entrega del territorio sahariano a estos dos países, trajo consecuencias graves a la economía canaria. Constituyó un duro golpe al sector pesquero (el puerto de La Luz era el primero de España en esta materia), y el intercambio comercial con El Aaiún, capital del Sahara, que reportaba miles de millones al año, quedó truncado automáticamente. "De todos los disgustos de los últimos días, la Marcha Verde fue la puntilla para Franco", publicaron diversos biógrafos.

En Las Palmas, Franco contaría con un puñado de adeptos notables y leales, algunos ya fallecidos y otros aún supervivientes. Entre los primeros se cita a Matías Vega Guerra, Manuel Padrón Quevedo, José Ramírez Bethencourt, Diego Vega Sarmiento y Vicente Doreste Medina. Y entre los segundos a Manuel Naranjo Hermosilla, Manuel de la Cueva, Antonio Vega Pereira, Miguel Jiménez Marrero y Gregorio González Fulgencio, todos ellos con una protagonismo político, social o profesional en una etapa determi-



Noviembre del año 1976. El presidente del Gobierno, Adolfo Suárez, en un pasillo de las antiguas Cortes, rodeado de procuradores canarios: Lorenzo Olarte, Manuel Padrón Quevedo, Vicente Doreste y Rafael Clavijo, entre otros

EUROPA PRESS

## El mejor cuarto de siglo

ANTONIO CASTELLANO

Veinticinco años, un instante, son un cuarto de siglo. Nuestra libertad, nuestra democracia, cumplen esa edad por primera vez en nuestra Historia. Insólito y magnífico. Nuestra Constitución es, también, la única que hemos consensuado como Carta Magna de todos, no de unos frente a los otros.

En su apariencia formal y genérica, la democracia consiste en reconocer libertades, derechos y obligaciones y, especialmente, en la facultad de elegir, separar y controlar a nuestros representantes y autoridades.

Esa apariencia es una mera carcasa si no alberga o sirve a un contenido que llamamos Estado de Derecho, concretado en las libertades básicas y los derechos inherentes a la condición de ciudadano, sujeto político, tales como la igualdad, la justicia, el principio de legalidad, la seguridad jurídica, la imparcialidad, la responsabilidad y la no arbitrariedad de los poderes públicos, así como la tutela efectiva de esos derechos.

En la organización de la sociedad, son fun-

damentales el pluralismo, la división y el equilibrio de poderes así como las libertades de opinión, expresión, información, reunión y asociación en un marco interpretativo acorde con la Declaración Universal de Derechos Humanos: todo eso es nuevo, reciente y propio de la democracia actual, aunque parezca, erróneamente, que fue siempre así.

Al margen de su arquitectura externa, lo que de verdad importa es la profundización polifacética en el Estado de Derecho y su aplicación a cada situación individual, más allá de la superficialidad expeditiva de la actuación político-administrativa del poder Ejecutivo y su irrefrenable tendencia a fagocitar los poderes Legislativo y Judicial, emboscándose en ellos.

El Estado de Derecho y su necesaria envoltura democrática sólo es efectivo si se hace visible y tangible para cada ciudadano a través de realidades concretas como la sanidad, la educación, las pensiones y la seguridad pública junto al derecho al trabajo y la vivienda o la

igualdad de oportunidades blindada contra toda discriminación, sin olvidar la proporcionalidad y progresividad de los impuestos en función de la renta, minimizando, frente a lo que es usual, los de carácter regresivo e indirecto.

La trasposición de la esencia del Estado de Derecho a la vida cotidiana e individual de los ciudadanos garantizaría la impregnación y asimilación por toda la sociedad de las virtudes del sistema político de libertades, obligaciones y derechos que nos hemos otorgado como la mejor de las fórmulas posibles para la convivencia.

La pervivencia de la democracia, en España y en el mundo, va estrechamente unida a la profundización real en el Estado de Derecho, sin la que cundirá el desánimo, decaerá la ilusión y peligrará el instinto democrático y civil.

Veinticinco años son un cuarto de siglo. Un instante. El último cuarto de siglo, para España y los españoles, ha sido el mejor cuarto de siglo desde hace doscientos años.

nada del franquismo.

Independientemente de otras consideraciones más rigurosas, la "semilla" franquista tenía su razón de ser en Canarias, pues no en vano fue aquí donde el general emprendió la sublevación contra la República el 18 de julio de 1936. Una lápida recuerda todavía la efeméride en la fachada del Gobierno Militar de Las Palmas.

La víspera, Franco se encuentra en la capital grancanaria, procedente de Tenerife, para asistir al sepelio del general Balmes, comandante militar de Las Palmas, muerto en

extrañas circunstancias. Y el 18 de julio se traslada en una falúa a la base de Gando para tomar el avión que le llevaría posteriormente a Tetuán y encabezar el inicio de la guerra civil.

Casi 40 años después, Franco moría desangrado en la clínica de La Paz. Lo hacía a las 3.40 de la madrugada del 20-N, lo que exigía una segunda edición de LA PROVINCIA. El fallecimiento del dictador hizo pasar inadvertidas otras noticias de interés local en aquella jornada como la integración de la Psiquiatría en la Seguridad Social, anun-

ciada por el doctor Luis González en una entrevista con José Vera Suárez, la constitución de una comisión de trabajo del Consejo de Empresarios para estudiar las relaciones Canarias-Sahara y la creación de un consultorio matrimonial, teniendo en cuenta que Las Palmas era la provincia de España con mayor índice de separaciones.

Después vino la Transición, copilotada por el rey Juan Carlos y Adolfo Suárez, previa defenestración del presidente Arias Navarro, por mostrarse renuente a las reformas democráticas.